



CON SUVARINE

GESTOS INUTILES

VIII

Algunos de los lectores que hayan tenido la paciencia de seguirnos en este estudio, objetarán acaso que el gesto del trabajador que produce para alimentar, vestir y alojar a los demás es siempre útil.

Y contestaremos que no.

Tomando por ejemplo los gestos de los millares de trabajadores que han tomado parte en la edificación de la catedral de México, podemos decir que los canteros que extrajeron la piedra necesaria, los carreos que las transportaron, los albañiles que la colocaron, y los herreros, los carpinteros, cerrajeros, pintores, decoradores, escultores, tapiceros, etc., hicieron gestos inútiles.

No dejaron de trabajar, de producir, y ciertamente que su trabajo, en la época en que se hizo, debe haber sido rudo y mal retribuido; no fueron ellos unos zánganos, sino productores; pero ¿productores de qué? de un monumento que sirve para mantener y exaltar en el cerebro de millones de seres humanos una fe ciega, que no discute ni raciocina, en un Ser Supremo cuya existencia es del todo hipotética, quimérica, ya que no se ha demostrado.

Este edificio fue —y es todavía— dedicado para la explotación del sentimiento religioso, que es una de las formas de avasallamiento y esclavitud más perfeccionadas.

La catedral ha cobijado generaciones de sacerdotes de todas jerarquías que se han tenido que alimentar, vestir —y vestir lujosamente— sin que los trabajos de dichos sacerdotes sean útiles a la humanidad, productores de bienestar. Bien al contrario, el sacerdote sostiene, explota la creencia religiosa, se sirve de ella para mantener a las masas en el constante temor de un fantasma y en la sumisión de los

débiles a los fuertes, de los esclavos a sus amos.

Y por lo tanto fueron inútiles, nocivos, los gestos de los trabajadores que edificaron la catedral, porque el objeto de la construcción de este edificio, el culto religioso, es perfectamente inútil y nocivo.

El minero que, para hacer lucrar a su señor, arranca de la tierra el duro acero; el herrero que labra y produce un instrumento de muerte, puñal o espada, han hecho gestos inútiles y nocivos, porque en lugar de una arma hubieran podido hacer una herramienta, una pieza de maquinaria: en estos casos los mismos gestos que hicieron hubieran sido útiles, siendo útil su objeto.

Una infinidad de trabajadores están ocupados en la confección y elaboración de objetos superfluos de toda inutilidad.

Por ejemplo, los joyeros, talladores de diamantes, etc., que pasan su vida en producir objetos inútiles que no sirven para otra cosa que entretener una estúpida vanidad entre los individuos que las llevan, éstos individuos que no se dan cuenta que su gesto, al ponerse una alhaja, es el mismo que el del salvaje que se adorna con plumas ¡y del que ellos se ríen!

Las mil cosas y frioleras de la moda, que no sirven más que para hacer de las mujeres y de nuestros *fifis* unos ridículos maniqués, son perfectamente inútiles, y, sin embargo, multitudes de trabajadores se emplean para hacerlos.

Y miles de otros ejemplos podríamos citar de los gestos que hacemos inútilmente, sancionan así nuestro malestar, nuestra esclavitud económica.

Trabajos inútiles —tiempo perdido— aumento de pena.

Todo ese tiempo que se emplea en ellos podría ser suprimido de nuestras horas de trabajo; toda la pena que dan podría ser dedicada a la producción verdaderamente útil, al aumento del bienestar general, de la cultura general, y, en este caso, si todos se dedicasen al puro

trabajo útil y necesario, la frase bíblica «ganarás el pan con el sudor de tu frente» cesaría de ser una realidad porque el trabajo ya no sería *pena*, sino *recreación*, *sport*, fuente de placer y de bienestar para todos.

Y, por consiguiente, nadie huiría, como tantos lo hacen hoy, del trabajo, porque sería libre, agradable y ennoblecido por su fin verdaderamente útil, es decir, benefactor.

SOUVARINE.

En todas partes cuecen habas

«Parecía que con el voluntario destierro que se impuso nuestro compañero queridísimo Luis Bonafoux, trasladando su residencia a Londres, habían terminado los riesgos de que pensó substraerse al dejar la ciudad de París, para escribir con libertad lo que le viniese en gana de los asuntos relacionados con la guerra.

La realidad demuestra todo lo contrario. En carta que recibimos del admirable cronista, nos dice éste que «ha sido allanado su domicilio en París, fracturadas las puertas del mismo, fracturadas las de los armarios, violada la correspondencia y recogidas cartas —anodinas— y artículos ya publicados, de los que forman la serie de doce volúmenes de colecciones. Y tal labor, inmotivada, de saqueo y desorden en una casa de familia, se ha llevado a cabo contra un súbdito de un país neutral, y con la agravante de hallarse ausente e impedido, no sólo de defenderse, sino de restaurar materialmente lo perjudicado y desordenado de *El Heraldo de Madrid*».

Como se ve, los patrioterros franceses no quieren ser menos que los militaristas alemanes, y si éstos arrasan pueblos, aqué los, en espera de poder hacer lo mismo, empiezan a ensayarse violando domicilios.

Patrioterros franceses, patrioterros alemanes. Todos son unos.

¿Cuándo se decidirán los obreros de ambos países a colgar a sus respectivos verdugos?